

Álvaro García Moreno

Volver

Volver. Volver, pero como extranjera. Estoy acostumbrada. Desde que salí de esta tierra miserable envuelta en mis andrajos, me convertí irremediabilmente en forastera para el resto de mis días. Cuando la gente pregunta ¿de dónde eres?, espera una respuesta concisa, un pueblo, un lugar. A menudo contesto que uno no es de donde nace, sino de donde reside, pero pocos están dispuestos a aceptar esta réplica. Incluso cuando conseguí la doble nacionalidad, parecía tener que especificar mi origen. Pero... ¿de dónde eres de verdad? A veces me rebotaba: Soy más de aquí que tú. Yo lo elegí. En tu caso, un accidente.

Extraña en la ciudad que me vio nacer. No es que no reconociera los edificios, las plazas, los bares. Había vuelto con cierta regularidad a lo largo de los años y había sido partícipe de los cambios que se iban produciendo de forma paulatina. No, no era eso, se me hacía extraña la gente. Cuando vienes por una semana, el tiempo máximo que nos quedábamos de vacaciones, la perspectiva es distinta. Las reuniones con amigos duran un café o una comida, y todo son novedades. Ahora que mi estancia se prolonga, percibo una lejanía mayor de la que era capaz de apreciar en esas cortas visitas.

Volver. Volver, pero a una casa sin él y, prácticamente, sin ella. Se me hacía muy raro. Podía sentirle en todos los rincones de este viejo piso, pero no lograba verle en ninguno. Habían pasado casi cuarenta años desde la última vez que me quedé a dormir aquí. Siempre que venía de visita, nos alojábamos en el chalé de Julián, mi hermano. Es más espacioso, justificaba yo. Pero tanto ella como yo sabíamos que ese no era el motivo. Era él, mi padre. Es curioso, pero ahora que no está, siento que se me quedaron muchas cosas por decirle y desearía tener una última oportunidad.

Hace poco me encontré llorando en frente de su foto. Sabía que al final volverías al redil, me reprochó ufano. ¡Vuelvo para cuidar de tu mujer! Para estar con ella. Algo que tú no hiciste jamás, contesté con una lágrima asomando a mis ojos. La mirada se me nublaba mientras el suelo, oscuro y pegajoso, atrapaba mis pies, incapaces de moverse con fluidez hasta que poco a poco fui capaz de controlar la rabia, y la voz entrecortada y alejada de mi madre hizo el resto. ¿Con quién hablas, hija? Con nadie, mamá, con nadie. Sigue durmiendo, le dije al tiempo que caminaba hacia su cuarto tratando de serenarme. Pensaba levantarme ya, ¿me ayudas? Claro.

Volver. Volver, pero no solo como hija, sino también como madre, y con Terry a mi lado, mi marido, un apoyo fundamental. No es que se merezca una medalla por ello; al fin y al cabo llevamos casi cuarenta años viviendo cerca de su familia, pero agradezco que no pusiera objeciones. Y mis hijos...ya están en la universidad. Tienen su propia vida.

No te preocupes, mamá, estaremos bien, me dijo Mara, la mayor, con una sonrisa tranquilizadora. Ben, el pequeño, me soltó: Mientras yo no tenga que ir, haced lo que queráis. Nunca me había afectado su manifiesto desapego hacia mi país de origen, hasta ahora. Esta vez su comentario me hizo sentir lejos de él, lejos de mí misma. Entendía lo incómodo que le hacía sentir mi familia, a la que comprendía a duras penas por la barrera del idioma. Cuando nació Mara, me esforcé mucho en hablar con ella solo en español, pensando que algún día podríamos mudarnos a España. Sin embargo, cuando nació Ben, ya había desechado por completo esa idea, y me resultaba muy costoso tener que traducir constantemente lo que decía a mi marido, incapaz de domar su terco oído a pesar de sus considerables esfuerzos. Su desapego, en gran parte, era un reflejo de mi desidia.

Volver. Volver, pero en silencio. Día a día la voz se le va apagando más y más, y los músculos dejan de responderle. El carácter se le agría por momentos y las bromas tienen peor encaje. Lo siento, hija, no me aguanto ni yo, me dice de vez en cuando. No pasa nada, mamá, no es culpa tuya, le suelo responder. Y por supuesto que no lo es, pero a veces me cuesta no estallar y echarle en cara que estoy lejos de mis hijos por cuidar de ella, y que podría ser un poco más agradecida.

El martes entró en el hospital, el viernes la sedaron. Rechazó la extremaunción después de una vida entera yendo a la iglesia los domingos. ¿Pero, mamá, qué te pasa, te has vuelto atea de repente? ¿Justo en el momento en el que todo el mundo se convierte, tú dejas de creer? Me contestó con un simple: Déjalo, Mari, estoy con quien tengo que estar, en un hilillo de voz que apenas se levantaba por encima de sus labios. Julián le cogió una mano, en silencio, sentado a un lado de la cama; yo hice lo mismo desde el otro lado. Terry me apretó con suavidad los hombros.

La besé. Contuve las lágrimas cuando le dije que la quería. Con un esfuerzo ímprobo, susurró: Perdóname, hija, por no haber estado contigo cuando me necesitabas. No, mamá, tú hiciste lo que podías. Su respiración se fue apagando lentamente, durante horas. Cuando todo terminó, Terry, Julián y yo nos fuimos a cenar una hamburguesa. No entiendo muy bien por qué, pero el cuerpo me pide comida basura en este tipo de ocasiones. Julián quiso pedir una cerveza. Se lo impedí. Sin alcohol. No en su homenaje. Él asintió y me miró con complicidad.

Los días siguientes los pasamos deshaciéndonos de su ropa, de sus objetos personales. En una semana era como si nadie hubiera vivido nunca en esa casa. Sin rastro de mamá, de papá, de nosotros. Dejé los paisajes áridos castellanos en dirección al aeropuerto con una frase de Julián resonando en mi cabeza: No te preocupes por la venta del piso, yo me encargo, será coser y cantar. Y en ese “coser y cantar” se va una parte más de mis raíces, de mis recuerdos. Aterrizamos en el aeropuerto de Edimburgo a las doce de la mañana de un día lluvioso. Cogimos un taxi que nos llevó a casa. ¿De dónde venís?, nos preguntó el taxista para hacer conversación en un inglés con un marcado acento que no acerté a reconocer. De España, le contesté. ¿Sois españoles? Sí y no.

Volver. Volver, para perdonarnos. Volver, para reencontrarme.